

DOMINGO 17 DEL TIEMPO ORDINARIO A



el reino de los cielos
es como un padre de familia
que va sacando del arca
lo nuevo y lo antiguo.»

PRIMERA LECTURA.

Lectura del primer libro de los Reyes 3, 5. 7-12.

En aquellos días, el Señor se apareció en sueños a Salomón y le dijo:

«Pídeme lo que quieras.»

Respondió Salomón: «Señor, Dios mío, tú has hecho que tu siervo suceda a David, mi padre, en el trono, aunque yo soy un muchacho y no sé desenvolverme. Tu siervo se encuentra en medio de tu pueblo, un pueblo inmenso, incontable, innumerable. Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien, pues, ¿quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numerosos?»

Al Señor le agradó que Salomón hubiera pedido aquello, y Dios le dijo: «Por haber pedido esto y no haber pedido para ti vida larga ni riquezas ni la vida de tus enemigos, sino que pediste discernimiento para escuchar y gobernar, te cumplo tu petición: te doy un corazón sabio e inteligente, como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti.

SALMO RESPONSORIAL. Salmo 118.

Antífona: ¡Cuánto amo tu voluntad, Señor!

Mi porción es el Señor; he resuelto guardar tus palabras.

Más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata.

Que tu bondad me consuele, según la promesa hecha a tu siervo;
cuando me alcance tu compasión, viviré, y mis delicias serán tu voluntad.

Yo amo tus mandatos más que el oro purísimo;
por eso aprecio tus decretos y detesto el camino de la mentira.

Tus preceptos son admirables, por eso los guarda mi alma; la explicación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los ignorantes.

SEGUNDA LECTURA.

Lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Romanos 8, 28-30.

Hermanos:

Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio.

A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos.

A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.

EVANGELIO.

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 13, 44-52.

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente:

«El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo.

El reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.

El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran.

Lo mismo sucederá al final del tiempo:
saldrán los ángeles,
separarán a los malos de los buenos
y los echarán al horno encendido.
Allí será el llanto
y el rechinar de dientes.

¿Entendéis bien todo esto?»

Ellos le contestaron: «Sí.»

Él les dijo: «Ya veis, un escriba que entiende del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo.»



BUSCAR A DIOS

Los estudios sociológicos dicen que la crisis religiosa se va deslizando en Europa hacia una «indiferencia» cada vez mayor. Una indiferencia tranquila, ajena a todo planteamiento sobre Dios. Sin embargo, son cada vez más los que, movidos por una cierta «nostalgia de Dios», sienten la necesidad de buscar «algo diferente», una manera nueva de creer en él. ¿Cómo buscar a Dios?

Sin duda, cada uno ha de partir de su propia experiencia. No hay que copiar a otros. No hay que hacer nada forzado ni postizo. Cada uno conoce sus propios deseos y miserias, sus vacíos y sus miedos. Cada uno sabe su «necesidad» de Dios. Su voz no calla nunca. No grita con los labios, pero nos susurra al corazón.

Por eso precisamente no basta buscar a Dios por fuera: en los libros, las discusiones o el debate. Una cosa es «discutir de religión» y otra muy distinta buscar a Dios con sincero corazón. Uno mismo se da cuenta cuándo está huyendo de Dios y cuándo lo está buscando de verdad. San Agustín decía así: «No te desparrames. Concéntrate en tu intimidad. La verdad reside en el hombre interior».

Buscar a Dios exige esfuerzo, pero encontrarse con él no es nunca resultado de un voluntarismo fanático ni de una ascesis crispada. Dios es un regalo, y lo importante es acogerlo con «simplicidad de alma». Recordemos la reflexión de la vieja priora en el Diálogo de carmelitas de Georges Bernanos: «Una vez salidos de la infancia, hay que sufrir mucho para volver a ella, como solo después de una larga noche vuelve a aparecer de nuevo la aurora. ¿He vuelto yo a ser de nuevo niño?».

No es lo más acertado buscar a Dios apoyándonos solo en las propias intuiciones. Hay muchas formas de engañarse o de andar dando vueltas sobre uno mismo, sobre nuestros sentimientos e ideas. Por eso es mejor compartir y contrastar la propia experiencia con alguien que nos pueda guiar desde su vivencia de Dios. Ese mutuo compartir puede ser el mejor estímulo para seguir buscándolo.

En su parábola del «tesoro escondido en el campo», Jesús habla del hombre que, «lleno de alegría», vende todo lo que tiene por hacerse con el tesoro. Buscar a Dios no produce tristeza ni amargura; al contrario, genera alegría y paz, porque la persona comienza a descubrir dónde está la verdadera felicidad. Recordemos a san Agustín: «Solo lo que hace bueno al hombre puede hacerlo feliz».

José Antonio Pagola

À LA RECHERCHE DE DIEU

Les études sociologiques indiquent que la crise religieuse en Europe évolue vers une «indifférence» croissante. Une indifférence tranquille, étrangère à toute réflexion sur Dieu. Cependant, de plus en plus de personnes, animées par une certaine «nostalgie de Dieu», ressentent le besoin de rechercher «quelque chose de différent», une nouvelle façon de croire en lui. Comment chercher Dieu?

Il ne fait aucun doute que chacun doit partir de sa propre expérience. Il ne faut pas copier les autres. Il ne faut rien faire de forcé ou d'artificiel. Chacun connaît ses propres désirs et ses misères, ses vides et ses peurs. Chacun connaît son «besoin» de Dieu. Sa voix ne se tait jamais. Elle ne crie pas avec les lèvres, mais elle murmure à notre cœur.

C'est précisément pour cela qu'il ne suffit pas de chercher Dieu à l'extérieur : dans les livres, les discussions ou les débats. C'est une chose de «discuter de religion» et une autre très différente de chercher Dieu avec un cœur sincère. On se rend soi-même compte quand on fuit Dieu et quand on le cherche vraiment. Saint Augustin disait ainsi: «Ne te disperse pas. Concentre-toi sur ton intimité.

La vérité réside dans l'homme intérieur».

Chercher Dieu exige des efforts, mais le rencontrer n'est jamais le résultat d'un volontarisme fanatique ou d'une ascèse crispée. Dieu est un cadeau, et l'important est de l'accueillir avec «simplicité d'âme». Rappelons-nous la réflexion de la vieille prieure dans le Dialogue des Carmélites de Georges Bernanos: «Une fois sortis de l'enfance, il faut beaucoup souffrir pour y revenir, de même que l'aurore ne réapparaît qu'après une longue nuit. Suis-je redevenue enfant?».

Il n'est pas très judicieux de chercher Dieu en s'appuyant uniquement sur ses propres intuitions. Il existe de nombreuses façons de se tromper ou de tourner en rond autour de soi-même, de ses sentiments et de ses idées. C'est pourquoi il est préférable de partager et de confronter son expérience avec quelqu'un qui peut nous guider à partir de son expérience de Dieu. Ce partage mutuel peut être le meilleur stimulant pour continuer à le chercher.

Dans sa parabole du «trésor caché dans le champ», Jésus parle de l'homme qui, «rempli de joie», vend tout ce qu'il possède pour s'emparer du trésor. Chercher Dieu ne produit ni tristesse ni amertume; au contraire, cela génère joie et paix, car la personne commence à découvrir où se trouve le vrai bonheur. Souvenons-nous de saint Augustin: «Seul ce qui rend l'homme bon peut le rendre heureux».

José Antonio Pagola Traducteur: Carlos Orduna